

Gregorio Gutiérrez González

No obstante parecemos feliz la idea que tienen los antioqueños de erigir un monumento al inmortal autor de María, observamos que sería muy simpático y muy laudable a los ojos de la posteridad glorificar con una estatua al poeta cuyo nombre encabeza las presentes líneas, gloria purísima y genuino representante de aquel pueblo.

Aunque extraños a la crítica, y sólo porque la ocasión es oportuna, será bien hilvanar algunas frases sobre GREGORIO GUTIÉRREZ GONZÁLEZ, el cisne antioqueño por antonomasia; la simpatía que por él abrigamos nos excuse en esta vez desoír a Horacio: *sumite materiam vestris aequan viribus.*

Las manifestaciones del espíritu humano, la poesía singularmente, reclaman atmósfera especial para su florecimiento; de suerte que en donde el sentimiento individual no se desarrolle con amplitud, es planta de invernáculo, y en consecuencia, carece de la galanura que ostenta cuando se mece entre perfumes de selva: hé aquí lo acaecido en América durante la dominación española. Empero, como trinan las aves cuando amanece el día, lucido que hubo en el cielo colombiano la aurora de la libertad, la poesía apareció con Vargas Tejada, y alcanzó vigor pleno con la generación poética de Colombia que, empezando con GUTIÉRREZ GONZÁLEZ, termina en Rafael Pombo: quizás el prisma del cariño por donde miramos a aquél nos impida verlo de una manera clara, pero ello es que su alma soñadora recuerda a Garcilaso, en cuyas estrofas vibra esa nota de legítima poesía que no vuelve a sonar sino raras veces en todo el período clásico.

La educación recibida en temprana edad entra por

mucho en la suerte de los hombres: de la escuela del hogar arranca la carrera científica, y en ella se forman sentimientos y creencias que no se consignan en libros. En efecto, la madre del futuro bardo contaba ilustraciones en su familia, como Juan de Dios Aranzazu, y saboreaba los clásicos españoles, en especial a Calderón de la Barca, su poeta favorito; no es, pues, extraño que legara a su hijo herencia tan preciosa como el amor por los fieles intérpretes de la belleza eterna.

Salido del hogar, cayó en brazos de la veneranda compañía de Jesús, asilo de la caridad, de la pureza y del saber, y educadora de la mayor parte de los hombres que han honrado a la humanidad de tiempos medioevales acá. No exiguo provecho dedujo de la amistad con su pariente Aranzazu, cuyo gabinete frecuentaba lo más granado de ese entonces, al par que de certámenes literarios librados con jóvenes reputados después como glorias nacionales: con tales auspicios educado, desde luégo podrían augurársele coronas inmarcesibles.

Adolescente aún, estrenose con una poesía de alto valor lírico, *Fragmentos de la Vejez*, que más parece de un sacerdote encanecido en los altares de las musas, y no de tímido joven que se ensaya en el divino arte, asemejándose a Núñez de Arce, que hizo lo propio en una epístola inmortal. Sólo pluma de oro escribe esas líneas que, por otra parte, ofrecen simpático contraste: un joven a quien sonríe el porvenir, imaginarse en la tarde de la vida, y evocar recuerdos dulces! Y en ese mismo año, atacado por la nostalgia, y presintiendo su muerte, se despide de su amada en tono hondamente elegíaco:

Adiós TemildaEl caprichoso mundo
Ya de mi vista ocultará sus galas.....
Y el nuevo sol alumbrará un sepulcro,
Y un hombre menos lo verá mañana.

No obstante el carácter alegre de nuestro vate, nótese un velo de tristeza extendido por casi todas sus composiciones, explicable sólo por la ley de reacción, que en el hombre también se cumple: el Quijote despertaría menos hilaridad si no hubiera sido engendrado en una cárcel.

GUTIÉRREZ GONZÁLEZ ha sido mirado en su patria como viva personificación de la poesía, y reúne cualidades tan excelsas, que nos parece por extremo difícil apreciarlo, pues su lira tiene notas que responden a distintos estados del alma: ora se ostenta jocosos, ora melancólico, ya pinta la esperanza, ya el abatimiento que lo asalta al recuerdo de mejores días; unas veces aparece idealista, realista otras, las más ocupa el término medio; siempre vigoroso, apasionado, y en pasajes sospechosos de frialdad hulle el amor, como fuego que la ceniza oculta. Nadie remite a duda que el cantor del hogar antioqueño es discípulo mimado de las musas, y en consecuencia, merece lo que críticos modernos escriben de Lamartine: «No es poeta, sino la poesía misma».

La crítica, en verdad, cuando recorre la generación poética de Colombia y tropieza con GUTIÉRREZ GONZÁLEZ, se exhibe menos sabia que fuera de desearse; con todo, Menéndez y Pelayo, con mano cariñosa escribe algunas líneas magistrales acerca de su personalidad, como si en las poesías de aquél hubiera respirado auras antioqueñas el insigne crítico santanderino.

Allí en donde se ofrece al espectador estupendos panoramas, allí en donde existe el ideal del hogar cristiano y se goza de sus dichas inefables, por fuerza tienen de pulular poetas de la ternura y sentimiento del que venimos estudiando; la inspiración que palpita en sus creaciones, y la valentía de los símiles, recuerdan a los poetas hebreos, de viva imaginación y de sentimiento purí-

simo. Si es cierto que la belleza, como el bien y la verdad, salvan el espacio y el tiempo, porque son eternos, GUTIÉRREZ GONZÁLEZ es acreedor a puesto eminente en el templo de la inmortalidad, pues que contados poetas han logrado mayor popularidad en su patria, y la posteridad ha hallado sus poesías más bellas de lo que parecieron a sus coetáneos.

Antioquia ha sido seminario de hombres ilustres, y es de notar la suavidad de sus poetas, aunque tratan de cerca lo sublime, que explica, empero, la tendencia del hombre al contraste: los asuntos campestres inspiran más cuando se cantan en bulliciosas capitales, y viceversa, como que los objetos mirados a distancia se depuran y ennoblecen.

De las tres manifestaciones de la poesía, épica, dramática y lírica, que aparecen en épocas diferentes, la última merece puesto de honor, y más tratándose del siglo XIX, en que ha conquistado predominio, porque jamás una descripción o una escena, por patéticas y naturales que se presenten, rivalizan la queja del alma que lucha por comunicarse con Dios, sin medianero, o las emociones dulcísimas sugeridas por el amor. Y ella ha tenido en Colombia representación lujosa: José Eusebio Caro, Julio Arboleda, José Joaquín Ortiz y Gutiérrez González; todos de inspiración robusta, pero cada cual con notas características: el primero, verbigracia, nacido para la lucha, enérgico y viril, de alma arrebatada y carácter levantado, político y filósofo, endereza el látigo de sus poesías contra los opresores de su patria; el último personifica la mansedumbre del hogar, sus acentos semejan arrullo de paloma; díganlo, si no, esas composiciones sobre asuntos que afectan íntimamente al poeta, y que guardan como vaso las efusiones de su alma.

El amor es la cuerda más noble del corazón huma-

no: a ella arrancan los poetas las notas que los inmortalizan. Y a ese amor castísimo, personificado para únos en Dios, en la patria para otros, y en la mujer para todos, rindió tributo el vate de las montañas; saludó a su esposa Julia con estrofas que no morirán, estrofas de melodía inefable, dignas de Lamartine, y llenas de esa música del lenguaje en que Zorrilla aparece maestro. Nada más tierno y natural ha salido de labios de poeta: el amor huelga de hablar sin atavíos retóricos. Diez y nueve años después daba anticipada despedida a esa misma Julia en composición de subido tinte melancólico, que refleja su alma cristalina; ¡qué contraste entre el idilio con que la saluda y la elegía en que se despide! En aquél preludio eterna primavera, en ésta fórmula la esperanza de amarse en la patria de los felices; entona el úno al borde de su nueva cuna de oro, la otra en los umbrales de la eternidad.

Habiendo callado por espacio de dos lustros, preguntóle un amigo la causa del mutismo en que notoriamente vivía, y entonces se ostentó brillante y rejuvenecido en la tan celebrada poesía ¿*Por qué no canto?* como el sol que aparece nuevo y más hermoso en las puertas del oriente que en las del ocaso. Allí el lirismo de buena ley raya en lo insuperable, y por tal manera cada estrofa constituye un poema, que una sola lo acredita cantor del Cocuyo, precisamente la que Arboleda prefería haber compuesto, que no su *Gonzalo de Oyón*, seguro de no salir defraudado, porque la pieza que se examina es diamante de nuestra literatura, mientras que el poema, salvo algunos fragmentos, es pesado, y en la época que corre se estima más la calidad que la cantidad de la producción poética; prueba de ello es la inmortalidad conquistada por Gutiérrez de Cetina con un madrigal, género de poesía, por otra parte en que GUTIÉRREZ GONZÁLEZ brilla solitario en Colombia.

¿Y qué decir del primor con que escribe epitalamios, en uno de los cuales campean estrofas de esta índole, en que se dignifica el hogar?

Isla flotante en medio de los mares
Que no alcanzan las olas a mojar;
Tabernáculo santo en donde arde
La sola luz que la ventura da.

La sentida composición a Aures es un idilio que no puede leerse sin que salten lágrimas a los ojos, porque es como la queja del ave que emigra a bosque extraño a colgar su nido; ¿y quién no se contrista al recuerdo de la vereda amarilla por donde trepó de niño al rastrojo en busca de aves y frutas, y de los bosques vecinos a la casita de campo que lo abrigó en edad risueña? ¿y cómo explicar la melancolía que embarga el espíritu cuando esa edad se halla sembrada de episodios dulcemente conmovedores, sino por la ingénita tendencia del hombre a la inmortalidad? La precipitada composición en que está vaciada el alma sobradamente poética de GUTIÉRREZ GONZÁLEZ, bastaría a Colombia para salvarla del olvido.

Si nuestro poeta no dio siempre forma artística a su pensamiento, éste, en cambio, tiene quilates que compensan la incorrección de aquélla, como la hermosura de la mujer amada nos hace olvidar de sus adornos. No simpatizó con el pseudo-clasicismo, pero tampoco lo entusiasmaron en campo alguno las ideas liberales; ni muchísimo menos, si conocido lo hubiera, habría oficiado en los altares del *decadentismo*, escuela trasnochada y enfermiza que pretende animar la literatura, con vida galvánica.

Cultiva también el autor del *Cocuyo* por la originalidad y belleza de los símiles, hasta el punto de que no reconozca rival en nuestro suelo; luego es poeta al-

tísimo, ya que «la poesía vive de las imágenes materiales y saca de ella su mayor gala y hermosura.»

Diríjese GUTIÉRREZ GONZÁLEZ menos al entendimiento que al corazón, como dotado que estaba de imaginación poderosa y de hondísimo sentimiento, cualidades esenciales a todo poeta. Uno de los mayores atractivos consiste en describir tan gráficamente el campo que en él nos movemos y vivimos. ¿Y quién permanece con los ojos secos ante esta historia, divinizada por el arte, más o menos fiel de todos y cada uno de los hombres?

¡ Salve, oh ancianos hijos de la selva !
 ¡ Salve, oh amigos de la edad temprana !
 Vuestro mustio follaje es hoy mi dicha,
 Es cada hoja una ilusión colgada,
 Paréceme mirar el bosquecillo,
 El huerto, la colina, la cascada,
 Objetos todos de mi dicha entonces
 E imagen hoy que me atormenta el alma.
 Paréceme mirar en la llanura
 Las ovejas balar, triscar las cabras,
 Y perderse corriendo el cercatillo
 Por entre helechos y pajizas cañas.

El cisne antioqueño habría muerto de dolor si hubiera sospechado que su madre, a quien dedicaba poesía tan tierna, tenía de preguntar en época lejana, cuando la longevidad gastase los órganos de la memoria, quién era ese GREGORIO GUTIÉRREZ GONZÁLEZ de quien se hablaba tanto. ¡Qué leyes físicas hayan podido afectar así el mundo moral! ¡Que se haya extinguido para él la lámpara bendita del amor materno!...

Hay dos clases de popularidad: una genuina, originada de mérito real, tardía las más veces, puesto que las obras de genio no se comprenden a la primera mirada; espuria otra, como hija de preocupaciones y capri-

chos; y GUTIÉRREZ GONZÁLEZ alcanzó aquélla porque fue humano, es decir, porque sintió y cantó artísticamente lo que cualquiera cantado y sentido hubiera por modo vulgar. Tiene la poesía algo que escapa al análisis, imposible de formular; parece resto náufrago de esa felicidad que feneció en el paraíso.

Envuelto nuestro poeta por la ola revolucionaria del 61 que amenazaba de lleno la religión y los hogares, hubo de sufrir calamidades sin cuento que lo llevaron a vivir con su familia en áspera montaña en donde elaboró ese canto inmortal al maíz, el maná de América.

Al contrario de la lírica, la poesía bucólica ha tenido escasos cultivadores en nuestra patria, pues la *Memoria sobre el cultivo del maíz en Antioquia* es el único ensayo, airoso por cierto, que ha aparecido, por que la *Silva a la agricultura de la zona tórrida* en verdad no nos pertenece, y aunque así fuera no debe incluirse en dicho género sino en el lírico naturalista, distinto del didáctico bucólico en que aquélla se comprende; género de poesía, por lo demás, tan estimable que el cisne mantuano recomendó al fuego la Eneida, creyendo sus Geórgicas bastantes a inmortalizarlo.

De las obras arriba mencionadas, la segunda es más clásica, y en ella campean arte y gusto exquisitos; en la primera la imaginación y el sentimiento rebosan, produciendo un torrente de poesía; por eso GUTIÉRREZ GONZÁLEZ ha conquistado el sobrenombre de Virgilio colombiano, tan altamente merecido como justamente glorioso.

En el estruendo de las ciudades no puede alentar la poesía; la esfera propicia a su florecimiento es el campo, en donde todo respira lozanía y vigor; reconócelo así el eminente poeta don Andrés Bello en su magistral *Alocución a la poesía*. Siendo esto así, la *Memoria sobre el cultivo*

del maíz ofrece garantías de inmortalidad. El medio ambiente es factor importantísimo en la formación de los hombres, y de él depende totalmente la obra de arte; pues bien, el mérito de GUTIÉRREZ GONZÁLEZ tanto más sube de punto cuanto la atmósfera en que se crió y el medio en que su poema se produjo en manera alguna le fueron favorables.

Sentimos no entrar en examen detenido de esta pieza literaria, ya que ha contribuído especialmente a la gloria de su autor, porque merece estudio aparte, y por hoy sólo pretendemos consagrar un recuerdo de cariño al vate inmortal de nuestras montañas.

Desconfiamos que en lengua moderna haya estrofas tan delicadas, tan sugestivas y de tan acendrado sabor clásico como las del poeta antioqueño; leyéndolas se comprende cuán difícil es definir la belleza, razón por la cual Sócrates decía: «lo bello es difícil» ; es tanta la riqueza de matices que ostenta!

Aparte galanura de versificación, símiles brillantes y descripciones soberbias, la *Memoria* está cuajada de primores que la hacen digna de la pluma de Virgilio.

La muza de GREGORIO GUTIÉRREZ GONZÁLEZ es casta como sonrisa maternal; su ideal poético es tan elevado que pocos alcanzan el valor de sus concepciones. Por esto no debe buscársele filiación en escuela alguna; ni imitó ni ha dejado discípulos; tuvo a la naturaleza por maestra. Epifanio Mejía es el único que ha volado cerca, y sin embargo, se le parece tanto como al sol se asemeja la luna.

Antes de apagarse su existencia, selló su labor literaria con una oración, último tributo que esa alma enamorada de lo bello rindió al piélago de poesía: Dios. A su muerte, vistiéronse de luto los campos, y los bardos antioqueños colgaron la lira de los sauces.....

Bogotá, 30 de enero de 1926.

MANUEL ANTONIO BOTERO